**DERMATOLOGIA Y ARTE. EDICION 302.**

Les traigo este interesante trabajo, que espero disfruten.

**DEGRADACION Y BANALIZACION DEL ARTE. MANUEL LOPEZ MONTESERIN.**

É del poeta il fin la maraviglia:

parlo de l´eccellente, non del golfo;

chi non sa far stupir vada a la striglia.

(Giovan Battista Marino,

La Murtoleide, fischiata XXXIII)

INTRODUCCIÓN

Deslumbrado al contemplar los espectaculares avances científicos y técnicos del mundo de hoy se me ocurrió compararlos con lo que hoy llamamos arte. Durante años he observado la evidencia de los constantes hallazgos y aportaciones de la ciencia, en contraste con los menguados resultados en el pensamiento y en el arte. Hoy no estoy seguro de que esta comparación sea una buena idea, aunque siga viendo avances en uno y degradación en el otro; convencido de que vivimos una época de decadencia y que el esplendor del verdadero arte ha llegado a su fin

Bellas Artes. ¿Por qué ese empeño en llamar a esos nuevos productos arte? ¿Dónde está la belleza? ¿Dónde está la emoción? Al contemplar el resultado de lo que se está haciendo, en muchos casos verdaderas naderías, ¿merece la pena dedicarse al arte hoy? Como forma de ganarse la vida, indudablemente, a algunos les va muy bien. Si a otros les divierte de verdad, mi profundo respeto. A mi, como a la mayoría, me aburre profundamente. Por otra parte ¿qué se puede esperar de algo para lo cual la aptitud y la habilidad son considerados un lastre, en el que la norma, la disciplina y el oficio han sido abolidos y en el que la novedad por si misma son casi el único valor

Más imaginación, nos dicen. Nadie niega la importancia de este elemento en toda verdadera creación. Pero hoy vemos que, metidos en esa inercia de inventar sin más, ¿qué se consigue? ¿provocar, sacudir? Después de la primera sorpresa, ¿a quién provoca ya, a quién sorprende?

En cambio, ¡qué distinto panorama en las ciencias! -nadie puede dudar de su imparable caminar hacia las cumbres del conocimiento, así como del continuo avance de la técnica, continuamente maravillándonos con sus constantes hallazgos e innovaciones.

 

***Del arte del pasado al arte de hoy: Dürer (1496) y Rothko (1949)***

¿Tenemos posibilidad de elección en el mundo de hoy? ¿Estamos seguros de ser libres para escoger en una sociedad dominada por los poderosos medios y las técnicas de manipulación? ¿Puede alguien sentirse seguro de no estar manipulado? Publicidad y propaganda son dos poderosos resortes que, junto con los medios de difusión en manos de unos pocos, deciden lo que las masas deben pensar. Con tal presión bien difícil es ser uno mismo y tener independencia de criterio, ¿estamos siendo aplastados por el ambiente?

Desde el momento en que cualquier cosa es considerada una obra de arte y en el que todos reverencian a sus autores como creadores, ser un genio es lo primero. Si no se te reconoce esa categoría no eres nadie en el ámbito cultural. Una vez conseguido esto puedes realizar los mayores disparates sin que nadie se atreva a discutirlos y será unánime el respeto y la admiración de todos.

No podemos por menos de sentir perplejidad al ver cómo el comercio, la expansión, la propaganda y la protección de este arte por parte de organismos oficiales sigue en auge por doquier, después de haber sido cuestionado y puesto en evidencia por muchos intelectuales hace ya muchos años.

Alguien se preguntará para qué sirven estas letras y cuál es la finalidad de este análisis. Seguramente también habrá muchos que no estén de acuerdo con mi punto de vista. Simplemente quiero dejar constancia de mi impresión al contemplar la realidad del arte contemporáneo.

No se me oculta, por otra parte, que la manifiesta decadencia y degradación de algo tan importante como el arte sea quizá un fenómeno inevitable, y que incluso presagie el final de una época histórica.

LA EVOLUCION DEL ARTE.

“The only thing that does not change

is that everything changes”

Si de algo podemos estar seguros es del constante y continuo cambio de todas las cosas. El cambio puede ser en muchos sentidos; pero no necesariamente hacia una mejora o excelencia. Es curioso notar que hasta la naturaleza en su evolución camina siempre hacia una mayor complejidad. Como no podía ser menos, esta mudanza afecta naturalmente a las actividades culturales. ¿Por qué en el caso de las Bellas Artes esta evolución parece seguir un camino inverso a la ciencia y a la técnica en las cuales lo que se persigue es mejorar? ¿Por qué este continuo declinar?

Nadie duda, dentro de la ciencia, el progreso evolutivo, la mejora, hasta conseguir los maravillosos resultados que estamos viendo en la física, en la astronomía, en la medicina, en la biología, en la informática, en las comunicaciones, etc. –desde Copérnico y Galileo hasta Einstein, pasando por Newton y Maxwell, todo ha sido una continuada marcha en la acumulación de conocimiento. Podríamos resumir que, dentro de este proceso evolutivo, cada descubrimiento es consecuencia del anterior, sin rupturas, sin saltos en el vacío. Y no digamos nada sobre el perfeccionamiento de la técnica en general: un televisor de hoy se ve indudablemente más claro que otro de mayor antigüedad. Un coche de hoy corre más que otro de los años veinte.

En resumen, la realidad que contemplamos hoy es el incuestionable progreso de la ciencia y la tecnología con sus deslumbrantes aportaciones.

Pero ¿qué pasa con lo que llamamos arte? ¿Es que ha dejado de ser su principal finalidad la búsqueda de la emoción y la belleza? Y aquí, por la especial perplejidad que nos provoca este fenómeno, me voy a referir a la ruptura que significaron las vanguardias, con atención especialmente a tres de las bellas artes: la escultura, la pintura y la música.

|  |  |
| --- | --- |
| http://allonca.com/../../Desktop/Rodin1889.jpg | http://allonca.com/../../Desktop/HenryMoore1938.jpg |

***Rodin (1889) y Henry Moore (1938)***

Ya sabemos que desde la antigüedad el arte ha pasado por muchas vicisitudes y altibajos. Alcanzada una cima en Grecia en el siglo de Pericles, desciende, después de milenios, a la oscuridad de la Edad Media para, trabajosa y lentamente, resurgir de nuevo en el esplendor del Renacimiento.

Hasta tiempos relativamente recientes, el arte en su evolución ha seguido, podríamos decir, las mismas pautas que la ciencia y la técnica, o sea, un cambio en ese mismo sentido ascendente y de perfeccionamiento. En el espacio de apenas dos centurias, desde los primitivos hasta el barroco, el avance en el caso concreto de la pintura ha sido espectacular. El descubrimiento de la perspectiva, las técnicas del óleo, el *sfumato*, la veladura, el claroscuro etc. son adquisiciones evidentes. No puedo dejar pasar sin aludir a los movimientos impresionistas en Francia en el siglo pasado. Nadie duda de lo que han significado estos movimientos de renovación, de tentativa, de sorpresa, de tensión emotiva y de expresividad, y que pone de manifiesto que no sólo la habilidad y el buen hacer basta para que el resultado de lo que llamamos obra de arte nos proporcione emoción. Todos nos hemos sentido conmovidos al contemplar un Cezanne o un Van Gogh. Son las vanguardias del siglo XX donde la crisis del arte se agudiza, y en ellas me concentraré en lo que sigue.

EL REY DESNUDO

“Infinito es el número de los necios”

Eclesiastés

Quisiera recordar aquí el famoso cuento del rey desnudo.

Este rey convoca a todos los mejores sastres de su reino para hacerle un traje especial con motivo de su coronación. De entre todos los sastres un listillo con mucha labia y una arrolladora personalidad convence al rey y a sus dignatarios para que se lo encargue. El traje que él diseñaría, dice, iba a ser tan especial que sería verdaderamente mágico. Pero con una advertencia importante: este traje no podrá ser visto por los necios, solamente las personas inteligentes serán capaces de apreciarlo.

En el día señalado para la prueba, el rey contempla la mirada imperturbable y sonriente de sus ministros, ninguno de los cuales quiere parecer necio aunque, por supuesto, nadie ve ningún traje. El rey se pregunta ¿seré yo un necio? –y como tampoco quiere parecerlo premia y felicita al sastre por la maravilla del traje invisible.

Llega el día de la gran fiesta y el rey aparece en público, desnudo. Nadie quiere ser necio y todos le aplauden hasta que destaca la voz de un niño que grita ¡pero si el rey va desnudo!

El rey pierde la compostura e intenta taparse. A partir de aquí todos se dan cuenta de la superchería.

Es curioso observar con qué facilidad el ser humano se deja convencer. Ser crédulo parece lo natural. A cualquiera se le ocurre la más descabellada idea a propósito de religión, de política, del pensamiento o del arte y no le faltarán seguidores de inmediato.

Hasta algunos artistas se lo acaban creyendo: cuando alguno de estos pseudo-genios es entrevistado intenta explicarnos con absoluto convencimiento la profundidad de su obra usando la misma fraseología hueca y críptica que sus críticos le han dedicado anteriormente en sus crónicas periodísticas.

Vanidad y codicia: dos pasiones que mueven el mundo. Si bien la vanidad, como toda pasión bien encauzada, puede ser un resorte que nos ayuda a conseguir cosas grandes, también puede llevarnos a dar por buenas las mayores aberraciones siguiendo el ejemplo del rey desnudo. Si a ésto le añadimos la ignorancia, la falta de información y la fácil credibilidad en general, tendremos la explicación de muchos fenómenos.

Hablar sobre el arte y su degradación es difícil. No es mi intención dar lecciones de Estética sino denunciar lo que es estrafalario, lo que es destructivo y que no lleva a ninguna parte. Debido a su subjetividad, el arte siempre será asunto polémico, pero quisiera hacer notar que es tal el ofuscamiento que provoca la vanidad que nos impide admitir lo evidente. Detrás de todo está el dinero y el esnobismo.

|  |  |
| --- | --- |
| http://allonca.com/monteserin/escrito/fotos%20de%20cuadros/van%20gogh%201889,%20ed.jpg | http://allonca.com/../../Desktop/Pollock1950.jpg |

***Van Gogh (1889) y Pollock (1950)***

No obstante, creo que estamos siendo testigos de una decadencia y de una manifiesta degradación en las artes plásticas. No vale decir que también la ciencia ha pasado por profundas crisis. Ni tampoco que haya necesidad de un constante cambio para evitar ese embotamiento que supondría la contemplación de una obra o unas fórmulas durante largo tiempo. Ya sabemos que, por bella y conmovedora que sea una melodía, después de oírla muchas veces acabará fastidiándonos. Tampoco vale hablar de experimentación haciendo un paralelismo con la ciencia o la técnica. En la ciencia sólo se admite una teoría después de haber sido demostrada y verificada, y la mayoría de las teorías sucumben dentro de este proceso de autocrítica.

ALGUNAS CAUSAS

“En arte lo difícil es decir algo

que sea preferible al silencio”

Wittgenstein

Antes de seguir adelante quisiera dejar bien sentado que este manifiesto no persigue ningún fin regenerativo. No es esta mi pretensión y además seria verdaderamente inútil. Por otra parte, tal vez sea inevitable el proceso degenerativo en las artes de la misma manera que a un individuo le llega la decadencia después de haber cumplido su ciclo vital. Y si me preguntan, como artista, ¿qué hacer ante este panorama?, diré que no lo sé. Personalmente me inclino por seguir el ejemplo de Rimbaud: enmudecer. En cualquier manifestación artística creo que es preferible callar cuando no se tiene nada importante que decir.

Las causas que explicarían este fenómeno son varias. Los teóricos nos hablan de la necesidad constante de buscar nuevos caminos, nuevas formas, nuevas experiencias, nuevas sensaciones y hasta nuevos lenguajes que demanda la sociedad actual. Aparentemente parece bien, como muchos tópicos, pero ¿por qué todo esto tendría que llevarnos a la decadencia y degradación que tratamos de entender?

Por otra parte, cuando se contempla la Historia en esta materia y se sigue su evolución, los teóricos nos dicen que ésta nos marca unas directrices a seguir y que no debemos repetir lo ya hecho, lo ya superado. Siempre adelante. ¿A dónde? –basándose en el pasado y apoyados en el presente determinan cómo debe ser el futuro, trazando una curva o gráfico historicista de lo que deberá ser la cultura. Por supuesto, rechazan como retrógrado todo lo que no encaja en este concepto.

Esto podría ser aceptable cuando se trata de la ciencia ya que unas relativas certezas nos llevan a otras de rango superior, siempre después de profundos análisis y experimentos. Una teoría, por muy sugestiva que sea, no es aceptada hasta su absoluta comprobación. No así en el arte, en donde cualquier absurdidad o despropósito puede ser considerado un hallazgo.

El cansancio de las formas, el aburrimiento y el afán de novedad no justifican estas aberraciones, de la misma manera que un chef de cocina, aún intentando experimentar nuevas sensaciones y gustos en sus comidas, tendrá que siempre operar sobre la base de que éstas sean comestibles.

¿Cómo podemos comprobar si un nuevo producto artístico es ‘comestible’?

Para quienes se erigen en pontífices, para los teóricos y la crítica, todo vale y todo es cultura, siempre apoyados en su indiscutida autoridad y el poder que confiere la letra impresa. No les faltarán seguidores aterrorizados ante la posibilidad de ser tachados de incultos o pasados de moda, que se dejen embaucar con los argumentos de la modernidad y del arte de nuestro tiempo

¡He ahí la gran mentira de nuestra época!

A propósito de los teóricos y la crítica, otros con mucha más autoridad que yo se han ocupado del tema. Se podrían citar a varios grandes autores pero me limitaré a sólo tres: Karl Popper en el capítulo 14, ‘El progresismo en arte’, de su libro Búsqueda sin Término, Aldous Huxley en Los Escándalos de Crome y Camille Mauclair en su libro La farsa del Arte Viviente.Me he sentido conmovido al ver reflejados en sus escritos muchos de mis pensamientos sobre este tema.

Consideramos que el verdadero arte es intemporal y una de las actividades que ennoblecen a la humanidad. Si no fuera por las maravillosas obras de arte del pasado, como una catedral, una escultura, una pintura, una partitura o una obra literaria, ¿qué quedaría del paso del hombre por la tierra a través del tiempo? Los hechos más relevantes de la historia son, más bien, tristes, si exceptuamos los avances científicos y técnicos. Nos ofrecen una sucesión de atrocidades.

De ahí la importancia de la cuestión y de su trascendencia. Y aquí no puedo por menos de recordar a Ortega y Gasset en su libro La Deshumanización del Arte. Para las nuevas generaciones el arte es algo trivial e intrascendente y deja indiferente a la inmensa mayoría, que lo considera cosa de poca importancia. El joven se desinteresa por lo que se le ofrece hoy. Si acaso, vuelve los ojos al pasado y oye música barroca en donde encuentra ritmo. Es curioso que en su música popular los jóvenes exaltan el ritmo, yendo así en sentido contrario a los actuales compositores, que han hecho desaparecer melodía y ritmo de sus composiciones. Después se quejan de que la música clásica contemporánea es minoritaria y que apenas interesa a nadie.

Se ha trivializado y banalizado el arte y se ha convertido en algo sin consistencia, sujeto a la frivolidad de la moda. ¿Qué va a quedar, como muestra para el futuro, de las actuales creaciones? Nos deprime contemplar unos museos de arte contemporáneo cuajados de objetos inanes, absurdos, muestrarios de verdaderas naderías, exaltando el feísmo y lo horrendo. Pura banalidad.

Por mucho que este estado se quiera atribuir a los cambios y exigencias de la sociedad actual, la esencia del hombre, con sus virtudes, sus miserias y sus necesidades, es la misma que en tiempos de las cavernas. Por ejemplo: siempre se seguirá oyendo a Mozart y a Bach. En cambio muchas experiencias que parecían definitivos hallazgos en música, desde el dodecafonismo y el atonalismo hasta nuestros días, ya nos han dejado de interesar.

Pero los teóricos no dan su brazo a torcer. A este respecto y hace unos años tuve ocasión de escuchar en un coloquio radiofónico a un conocido compositor refiriéndose a sus modernos ‘avances’ afirmando que, ‘de la misma manera que ellos han acabado con Beethoven, otros les desplazarán a ellos en el futuro’. Lo curioso es que ésto se cumple, pero sólo en parte: ellos son los desplazados y ¿por quienes?. Lo que vemos es que Beethoven y Bach siguen más vivos que nunca, mientras toda esa caterva de pseudo-genios y movimientos están pasando y serán pronto olvidados. Por supuesto quedará algún nombre como referente histórico, aunque no creo que su música tenga un futuro prometedor. Es interesante observar además que, por mucha vanidad que se tenga, pocos están dispuestos a soportar un concierto de música experimental pero en cambio sí a adquirir obras de pintura de vanguardia para presumir de modernos y cultos. Esto tiene una explicación: no es fácil aguantar el tostón de un concierto de esa música, mientras que no es gran problema acostumbrarse a esas pinturas –con no mirarlas… ¡y además siempre queda la esperanza de haber hecho una buena inversión!

LOS CREADORES

“Experimentar siempre es bueno.

Lo que no siempre es bueno es el resultado.

¿Podemos llamar creador artístico

al inventor de cosas absurdas e inútiles?”

Antes de seguir me gustaría hacer alusión a otros argumentos que, aparentemente, parecen apoyar a los teóricos. Entre ellos: que todo artista pionero ha sido incomprendido por sus contemporáneos. Se pone con frecuencia el ejemplo de Beethoven, un genio en su tiempo subestimado e incomprendido y que en cambio hoy es aclamado por las multitudes.

Esto no es exactamente así porque una de las premisas es falsa. Beethoven tenía ya en su época numerosos y entusiastas seguidores; si el entusiasmo no fué general entonces era por falta de conocimiento y propagación de su música. Lo mismo puede decirse de muchos pintores a partir del impresionismo. Es verdad que, después de un tiempo, acabamos aceptando lo que al principio nos parecía chocante, de la misma manera que nos acostumbramos a una bebida amarga. Esto no quiere decir que mucho de lo que se da por bueno sea definitivo. El tiempo, que es una gran criba, se encargará de poner las cosas en su sitio.

Vuelvo a insistir en que las normas o la habilidad no son suficientes para que algo nos conmueva pero al menos le salva la virtud de haber realizado una obra bien hecha. Por supuesto que preferimos ese algo hecho con torpeza, pero con ‘gracia’, con garra, con duende, a lo anodino o falto de expresión y caduco. Pero pocos llegan a alcanzar ese duende.

El empeño en aportar algo, aunque sea un pequeño ladrillo, para contribuir a la construcción de ese edificio de la cultura es la obsesión del artista de hoy. De ahí la idea de que lo ya realizado no debe repetirse; de que debemos seguir siempre adelante en la búsqueda de nuevos caminos que nos lleven a la sorpresa de lo inédito. Ni siquiera se dan cuenta de que uno de sus objetivos, que es provocar, tiene ya efecto alguno. Ya no hay sorpresas.

|  |  |
| --- | --- |
| http://allonca.com/monteserin/escrito/fotos%20de%20cuadros/caravaggio%20San%20Jeronimo%201607,%20ed.jpg | http://allonca.com/monteserin/escrito/fotos%20de%20cuadros/David%20Smith%20(Circle%20I),%201962,%20ed.jpg |

***Caravaggio (San Jerónimo, 1607) y David Smith (Círculo I, 1962)***

En otro tiempo el objetivo de todo artista era la búsqueda de la armonía y de la belleza. Hoy, en cambio, parece imperar lo grotesco, el feísmo y la invención de cosas nuevas aunque sean banales e intrascendentes. Éstas son fácilmente estimadas como obras de arte por la dictadura de los marchantes. Por encima de todo hay que ser un creador. Nadie se resigna a ser considerado un epígono; todos tienen verdadero terror a ser solamente artesanos –ésto sería estar fuera del ámbito de la cultura .

Creador, Cultura: dos palabras talismán.

Lo que resulta desconcertante es cómo ha sido posible esta universal aceptación. Salvo excepciones, nadie ve el rey desnudo. Cuando paseamos por cualquier ciudad y contemplamos esos productos que ¿embellecen? algunos rincones de calles, plazas o jardines, sustituyendo las antiguas estatuas, ¿no acabamos por añorar la naturaleza salvaje? Lo más indignante es que estos ‘objetos’ están puestos ahí por nuestras cultas y sabias autoridades locales, las cuales, para cubrir los enormes gastos que eso supone, nos obligan, inexcusablemente, a contribuir con nuestros impuestos.

¡Ah!, pero es la Cultura.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA CRÍTICA

“¿Le dedican tantísima literatura porque es un genio,

o es un genio porque le dedican

tantísima literatura?”

¿Tenemos posibilidad de elección en el mundo de hoy? ¿Estamos seguros de ser libres para escoger en una sociedad dominada por los poderosos medios y las técnicas de manipulación? ¿Puede alguien sentirse seguro de no estar manipulado? Publicidad y propaganda, dos poderosos resortes que, junto a los medios de difusión en manos de unos pocos, deciden lo que las masas deben pensar. Con tal presión bien difícil es ser uno mismo y tener independencia de criterio.

La responsabilidad, la importancia y el poder que tienen los críticos en la cuestión que nos ocupa está fuera de toda duda. Para los que no tienen personalidad ni criterio propio en materias artísticas, que es la mayoría, su palabra va a misa. Nadie se atreve a contradecirles. De ellos depende, en gran medida, el surgimiento de nuevos prestigios y de ellos depende, en colaboración con los galeristas, la imposición de los nuevos productos. En realidad se trata de una auténtica e inteligente organización de marketing.

Este tinglado económico es tan poderoso que está por encima de todo razonamiento. Aunque somos muchos los que lo denuncian, nuestra voz es la voz del que clama en el desierto. Ellos están apoyados por la muchedumbre de papanatas que acuden a esas exposiciones deslumbrados por el precio que se paga, por la estupidez de los compradores y por la codicia de los coleccionistas que no buscan más que hacer buenas inversiones.

Muchos ven en esa afluencia a las ferias y certámenes de arte contemporáneo la prueba de la aceptación de este arte por una gran mayoría. En esto se fundan también las autoridades administrativas para financiar y apoyar mediante subvenciones y premios lo que ellos consideran cultura. Si se trata de obtener buenos resultados financieros no les falta razón, pero no deja de ser una especie de timo. “Timotecas” los llamó un joven y famoso escritor a algunos museos.

¿Quiénes son los críticos?

No nos gustaría englobar a todos pero podríamos asegurar que en su mayoría son escritores frustrados. Algunos confiesan que les hubiera gustado ser artistas pintores o músicos. Es raro, pero posible, de vez en cuando, encontrar a alguno con sensibilidad.

Los críticos son un elemento más de los medios de comunicación. Los responsables de estos medios los seleccionan, generalmente al azar, entre un grupo de periodistas previamente adoctrinados por los teóricos. Suelen estar llenos de resentimiento. Pero lo más lamentable es su propensión al soborno. El regalo, bien de los galeristas o de los propios expositores, es algo normal y admitido, salvo honrosas excepciones.

Cuando a alguno de los grandes escritores se le ocurre hacer en uno de sus escritos una alusión a determinado artista contemporáneo, indirectamente, está ejerciendo una labor de crítico. Por supuesto, casi siempre vendrá a resultar una apología de ese artista. A esto, y ya con una biografía del mismo, se suelen sumar otros escritores, que con sus apologías no quieren ser menos. Al final el biografiado acaba convirtiéndose en una institución o un mito.

|  |  |
| --- | --- |
| http://allonca.com/monteserin/escrito/critica_files/image002.jpg | http://allonca.com/monteserin/escrito/critica_files/image003.jpg |

***Retrato de Inocencio X de Velázquez (1649) y una “instalación” de hierro sobre una pared***

A partir de aquí ya nada importa que los apologistas, llenos de prejuicios y adoctrinados con los tópicos de los teóricos, de los que anteriormente hemos hecho alusión, sepan o no algo de arte. El prestigio universal del biografiado se incrementará como una bola de nieve y ya nadie se atreverá a discutirlo.

Decía Paul Valéry ya en 1938 que ‘la literatura se ha vuelto ama y señora todopoderosa… El valor o la estimación que se concede a una obra pictórica en un momento dado dependen del talento del escritor que la ensalce o la hunda. No hay cosa amorfa, memez de colorido o anamorfosis arbitraria que no pueda imponerse (…) por vía descriptiva o explicativa’

EL MECENAZGO

Mecenas (Cayo Cilnio) era amigo del emperador romano Augusto y protector de los poetas Horacio y Virgilio. Su nombre ha pasado a ser sinónimo de protector de las artes.

Nadie duda de la necesidad del mecenazgo, sin el cual muchos artistas no hubieran podido subsistir y hoy no tendríamos la posibilidad de admirar sus obras.

¿Quienes eran los mecenas en el pasado, concretamente, en el esplendor del renacimiento? Sabemos que eran príncipes poderosos, reyes, banqueros y algún que otro particular llegado a la opulencia. Pero todos, eran conocedores que nos sólo sabían de arte, sino que además eran, al mismo tiempo, excelentes pintores, poetas o músicos. No deberíamos olvidar también lo que ha sido el gran patrocinio de la iglesia católica. A ella se debe, sin duda, el haber alcanzado las más altas cumbres en la arquitectura, la escultura, la pintura y la música.

|  |  |
| --- | --- |
| http://allonca.com/monteserin/escrito/fotos%20de%20cuadros/David-MA%20ed.jpg | http://allonca.com/monteserin/escrito/fotos%20de%20cuadros/Joseph%20Dosio%20%20ed.jpg |

***‘David’ de Miguel Angel, y pieza en aluminio pintado de J. Dosio***

¿Quiénes ejercen hoy de mecenas?

Podríamos citar algunos ya de antigua tradición, por ejemplo: el coleccionista. Pero hoy éste, a diferencia del renacimiento, lo que busca generalmente es hacer una buena inversión aconsejado por un galerista. Es verdad que también hay quien tiene a gala coleccionar las cosas más estrambóticas sin pretensiones crematísticas y sólo para presumir de una gran ‘colección’.

Lo que observamos de los protectores actuales, como principal diferencia respecto de los del pasado, es la falta de aquel conocimiento, de aquella sensibilidad. Nadie se imagina un coleccionista de hoy extasiándose largas horas ante unos hierros retorcidos o un montón de basura convertidos en ‘obras de arte’. Es verdad que algunos son verdaderos expertos en arte contemporáneo, como lo son también en su especialidad los coleccionistas de vitolas de puros o de cajas de cerillas.

No digamos nada del galerista, quizás el más representativo de los mecenas de hoy, al cual sólo le interesa su negocio e incrementar las ventas. Para este fin, lo primero es hacer una firma. Recordemos que un cuadro sin firma no vale nada. Otra cosa que buscan, para hacer más rentable el negocio, es la rapidez en la confección de las obras. No les interesan artistas lentos, concienzudos y reflexivos. Se busca una fórmula más o menos original, no siempre a inspiración del artista, el cual es aconsejado por la galería, que luego se repite en serie como si se tratara de una fábrica. No les faltarán consumidores previamente adoctrinados y manipulados para estos productos, perfectamente presentados y empaquetados con el celofán de la cultura. Todo esto nos parece muy bien, pero, ¡por favor! no ennoblezcamos estos objetos llamándolos obras de arte.

¿Cuál es el criterio dominante en la decoración de una sala de juntas de un gran banco? Por supuesto se intenta buscar lo mejor. Si se trata de pintura, se solicita el consejo de un experto. Este experto suele ser un galerista, el cual, como buen comerciante lo que de verdad persigue es vender. No deja de ser desconcertante todo los relacionado con los galeristas y de cómo han sido elevados a la categoría de árbitros indiscutidos de lo que debe ser considerado arte. Nadie los cuestiona y todos, como borregos, seguimos sus directrices. El grado de papanatismo a que hemos llegado causa asombro y es universal.

ALGUNAS CAUSAS: EL ESTADO

A propósito de mis dudas sobre la conveniencia de la protección oficial a los artistas permítaseme citar aquí varios párrafos de un artículo de Francisco Nieva (ABC, 28 de septiembre de 1997):

(…) El Estado no sabemos si selecciona, pero los museos provinciales y capitalinos, las instituciones, los municipios compran el arte que, según los marchantes y los “entendidos”, se considera adquirible y en la punta de la evolución, pero luego viene a resultar que muchos museos de arte parecen asilo de inválidos, que adquieren “instalaciones” descabelladas, obras muchas veces ocasionales en el más amplio de los sentidos, obras de algunos jóvenes arribistas o de viejos empecinados en la más rancia de las vanguardias. No son aquellos museos de pintura o escultura, sino museos de trastos. Y no es que a mi me disguste ver un museo de trastos. Mi vanguardia era muy trastera y bien nacida de la voluntad ilusionística y visionaria de Ramón Gómez de la Serna, de los experimentos surrealistas, del inefable Duchamp –un serio bromista—pero todo ese mundo ya explorado ha producido una terrible banalización de la obra de arte, llena hoy de ocurrencias, pero demasiado vacía de sentido y, además, aherrojada a la moda. Son los movimientos cíclicos del arte lo que no se puede negar, mas es inútil decir que las vanguardias han muerto. Sin duda no lo están porque se han convertido en catecismo oficial de los Ayuntamientos, cajas de ahorro, instituciones culturales y museos. Los funcionarios se inician en la vanguardia como se iniciarían en la nigromancia, la cartomancia o la construcción de maquetas. Todo ello mezclado al reciclaje de algunas cosas más recientes. Los museos tratan de hacer la digestión de materia tan ilustrada y comienzan a desesperar, sobre todo por la falta de espacio. Una obra que quiere ser de “competencia” exige tamaños prohibitivos para una casa normal, ni aunque sea un palacio. Obras enormes que son alaridos de impotencia, pero han sido compradas porque así le tocó la bola de la fortuna a su autor, por oportunidad, por recomendación, por tener buenas relaciones y porque en alguien tenía que caer, pues el Estado tiene que estimular la labor de los jóvenes. Cantidad de salas y muchos almacenes de estos museos dan la impresión de ser los depósitos de un innominable desguace. Nada –o casi nada- de aquello, con la Historia del Arte en la mano, tiene alguna trascendencia, porque esto ya fue dicho y hecho años atrás y el resto no es más que una inalterable glosa de lo mismo. Así que los dineros del contribuyente van aparar en la compra de un arte que no dice más que simplezas, carentes de magia, carentes del espíritu iconoclasta y burlón, que fascinó en su tiempo pero que, en el presente, es tan sólo una lección desangelada de “cómo tienen que ser las vanguardias”, en un lenguaje fundamentalista y cerrado. El poder no quiere favorecer a los artistas y sólo quiere más poder, en lo que tiene que gastarse los cuartos. Por ello asiente a la petición de unas minorías y compra todo lo que calme el descontento de los jóvenes. Piensa el poder que “si integramos a la oposición con generosas dádivas para el cultivo de las artes, lo mismo da que salgan calabazas que pepinos. Nos habremos hecho dueños de toda la corriente de cultura. Aunque fuéramos de derechas, no nos cuesta nada ser modernos, modernísimos, todo lo modernos que nos pidan”

(…) Se pinta o se hace escultura para “colocar” lo mejor posible en instituciones. De caridad podría decirse. No nos damos entera cuenta de que, cuanto mayor sea el crecimiento demográfico, mayor será el número de pillos y que los pillos y los comerciantes hacen siempre su agosto cuando los valores claudican.

A finales del siglo XX , para mucha gente del común ha claudicado la buena pintura, la buena música, la buena arquitectura. Fagocitados por la teoría, en arte han claudicado muchas cosas, sin las cuales la propia ironía y el juego de las vanguardias que le eran complementarias no tiene sentido.

El arte moderno oficial ha venido a resultarnos de lo más antipático, por conformista, por resabido y resabiado. ¿Quién para ahora esta riada de repetición y de tedio que nos amenaza en las artes? ¿Cómo debieran darse oportunidades a los artistas que no “prometen” y que con tanto ardor reclaman subvenciones y apoyos oficiales? ¿Se ha reparado en lo desoladas y frustradas que, en algunos museos provinciales, resultan las salas dedicadas al arte moderno? Escasos visitantes que casi no se detienen. Nada nos llama la atención, nada es realmente nuevo, nos conocemos el programa.

Debemos admitirlo porque es un resultado de la democracia civil que todos deseamos, pero es un resultado inútil para el arte. No lo es el arte moderno en su sentido más profundo, lo que propone cada vez más hondas meditaciones en torno al hecho estético, pero sobre todo más hondas emociones. ¿Cómo ha podido llegar a obviarse la emoción en el arte? La emoción, la sorpresa, que puede nacer de lo más sencillo, de lo más cotidiano, pero que ha sido movido por la mano prodigiosa del arte, y que no obedece a reglas, a meras consignas y hasta conjuras culturales. Al fin y al cabo, esas generosas instituciones definen la línea y el color de nuestro tiempo. Hay que aguantarse, no buscar en el arte ilusionismo y seducción, sugerencias extraordinarias, y apechugar con esas salas de museo en donde se nos ofrece la imagen cicatera, cerebralista, materialista y muerta que da nuestro tiempo.

Estoy completamente de acuerdo con el artículo de Francisco Nieva, pero quisiera ir más lejos en la crítica a la intervención estatal en las Bellas Artes.

¿Podría alguien explicarme para qué sirve un Ministerio de Cultura? Se suele decir que es un medio para la propaganda del gobierno de turno. Tampoco puedo ver la eficacia de otros organismos como la Dirección General de Bellas Artes. Los resultados son, más bien, desalentadores, al menos comparados con otras épocas en que no existían estas organizaciones.

También quisiera hacer aquí alusión a la enseñanza. Desde hace unos años se les ha ocurrido, tal vez queriendo ennoblecer estas actividades, trasladar las antiguas Escuelas Especiales a la Universidad convirtiendo las mismas en Facultades de Bellas Artes. Comprendo que el Estado tenga que sancionar una licenciatura para ejercer una profesión que pueda tener consecuencias que afecten a mucha gente y de gran responsabilidad como la Medicina o el Derecho. Pero nunca pude entender cuál es el objeto de un título para ser pintor o escultor, especialmente después de saber lo que se enseña en estas Facultades. Entiendo que se intente, como uno de los fines principales, desarrollar la creatividad. Aunque dudo que ésta, por ser cualidad innata, pueda desarrollarse con los procedimientos que se siguen en la Facultad. Pero ¿qué se puede esperar de un Centro en que impera la anarquía y en el que una disciplina tan fundamental como es el dibujo ha sido desplazada casi por completo de su programa de estudios? ¿No se trata de un título universitario para seguir enseñando naderías a las futuras generaciones?

OTRAS CAUSAS

«Muchas cosas estúpidas son dichas por gente

que solo quiere decir algo nuevo.»

Voltaire

Oyendo una bellísima frase de un gran compositor maravillosamente interpretada al violín o al piano por un extraordinario intérprete nos hace sentirnos cerca del cielo, nos emociona hasta el éxtasis y en ese momento nos acordamos de nuestros seres queridos a quienes hubiéramos deseado el mismo disfrute. Para muchos de ellos, por otra parte, eso es imposible por su falta de iniciación a la música. Esto nos lleva a la certeza de la necesidad del saber y el conocer para el logro de esa emoción. El viejo axioma es: conocer es amar. En la ignorancia y el desconocimiento está la razón del desprecio de muchos por todo lo excelso. Esto es hasta cierto punto natural. Pero lo que ya no lo es tanto es que un pequeño grupo de presuntos intelectuales, a quienes se les supone un conocimiento, se dediquen, por el sólo placer de hacer daño, a denigrar y despreciar todo lo que signifique virtud y belleza. De éstos es de lo que quisiera hablar ya que, desde la alta tribuna de la prensa y los medios, influyen negativamente en los demás.

Es difícil comprender el comportamiento de estos grupos no muy numerosos, afortunadamente, pero que hacen mucho ruido con sus vitriólicos argumentos. Se caracterizan por su aversión a todo lo excelente, bien sea en política, en arte o en cualquier otra manifestación. Para los integrantes de estos grupos su mayor felicidad consiste en desmantelar o, simplemente, destruir todo lo que es noble. Demuestran su desinterés en acceder a lo mejor; para ellos todo es lo mismo. Abominan de toda virtud. Decía Julián Marías en uno de sus estupendos artículos a propósito de hacer daño: Existen innumerables conductas que responden a ese único propósito, que no buscan algo afirmativo, acertado o erróneo, admirable o rechazable, sino que se limitan al propósito permanente de hacer daño… El puesto que lo negativo y hostil ocupa en el mundo actual, acentuado cada año que pasa, servido por organizaciones poderosas, potenciado por el uso ilimitado de los medios de difusión, es evidentemente incomparable con su realidad efectiva, no digamos con su valor, con su importancia.

Para estos grupos, además, nada ni nadie merece ser admirado. Intentan inculcar en la juventud el desprecio por lo que consideramos tradicionalmente un valor. Son los que aconsejan la destrucción de obras de arte del pasado y museos. Pero cuando se trata de promover lo negativo, la contracultura, lo que ellos consideran el progreso o lo subversivo, su voz saldrá siempre en defensa de ese nuevo arte, enalteciendo y llamando genios a esos nuevos artistas, no por que sus promotores estén convencidos de su excelencia sino porque saben que es una manera de ensañarse, hacer daño y desacreditar al que es contrario.

Son los que se apuntan a un relativismo cultural que defiende que todas las culturas son iguales. Para ellos tiene igual valor una canción de verano que una aria de ópera, un graffiti que el techo de la Capilla Sixtina. Según Alexis de Tocqueville, para conseguir una mayor igualdad habría que pagar el precio de la mediocridad y de la pereza intelectual y espiritual.

Los integrantes de estos grupos son en su mayoría gente frustrada y resentida contra los que nada puede hacerse. Tal vez intentar desenmascararlos con los medios que tengamos a nuestro alcance. Ellos son una de las causas que nos han llevado a la degradación y banalización del arte que he descrito.

**COLABORACION DE LA DRA. RAQUEL M RAMOS M.**

II. El rey desnudo

III. Las causas

IV. Los creadores

V. La crítica

VI. El mecenazgo

VII. La Iglesia

VIII. El Estado

Vuelta a la página principal